

El extraño caso de Edgar Allan Poe

Todo comenzó en un lúgubre bar a la medianoche. ¡Oh Dios misericordioso se apiade de mí y de mis pecados! Jamás podré salvarme de este triste e inhumano lugar al que vengo a ahogar los recuerdos del pasado con una, dos, tres pintas de cerveza. Una, dos, tres, petaquitas de ron. Y de pronto la mirada de mi padre en las del bartender. Sus ojos grandes y juzgadores que se clavan en mí con un suspiro apretado en la boca. Y todo comenzó ahí, todos me maldijeron y así terminé en una calle, en un hospital. Escribo esta nota, este testamento certero y moribundo de la verdad. La verdad que nadie sabrá porque lo quemarán antes de que llegue a manos repletas de calor humano. Lo quemarán otras manos más distantes, más frías. Y acaso el pitido de mi corazón se esté desvaneciendo mientras escribo esto. Una sombra pasa fugaz por la esquina de mi ojo derecho y acaso sean ellos. Tendré que apurarme para contar la historia de mi vil destino, para que ustedes lo lean, no los médicos, ni los diarios. Para que ustedes sepan que nunca estuve loco, no. Que no fui yo quien se mató en esas calles podridas y escalofriantes de Baltimore. Que... todo comenzó en un bar. O mejor dicho, todo comenzó antes, mucho antes.

La historia de un niño desahuciado que pierde a sus padres a los dos. Pobre y triste niño que aún no sabía que era triste y que pronto entendería por qué iba a serlo. Por la pérdida de padres y por la (no) elección de unos nuevos. John Allan se llamó el padre de mi infancia. Él tan bondadoso y benevolente, sólo cuando yo no agarraba la pluma y describía este cruel mundo en una hoja de papel. Qué tan loco debía estar para creer que los versos no eran para los hombres y que la universidad era mi único destino. Los ojos del bartender, los de él. La mirada, malditos ojos acusadores con los que me miró con detenimiento cuando supo que había gastado todo mi dinero en los vicios de la pena y corrupción. La misma forma en las que me miró el hombre uniformado al rellenar mi vaso por décima vez esta noche. Mi padre, oh tan misericordioso y benevolente que cerró sus bolsillos y apartó la mirada cuando quedé en bancarrota. La universidad copió su gesto, cerrándome sus puertas sistemáticas y aburridas en la cara. Oh si tan sólo la vida pudiera haberme dado el lugar que necesitaba, iba por las calles oscuras y mugrientas buscando algo por qué vivir. Y entonces lo hice, vi la luz alumbrar mi endiablada alma. Volví a mi hogar y escribí. Los escribí, mis queridos y excéntricos personajes. Tan locos, tan misteriosos, pero yo no. Sólo ellos, yo no. Realmente les di vida a esas ideas en mi cabeza. Quién diría que desde esa noche, pares de ojos me observarían deambular. Acaso será un espía contratado por mi padre había pensado mi insulsa e incrédula mente. Fue ahí realmente cuando marqué mis siguientes respiraciones y destiné cómo y cuándo acabaría siendo la última.

Mi siguiente y corto paso fue el ejército en el que mi padre ocupó su privilegiada situación económica para hacer las pases conmigo. Pero el bastardo me traicionó. Traicionó a nuestra familia casándose y suplantando a mi madre con una mujer insulsa y entonces yo lo traicioné y mi rebeldía me costó mi puesto de General, el poco amor que tenía guardado para mí en su oxidado corazón de hojalata que sólo latía por el dinero y la posición en su testamento que condenaba mi existencia y mi supervivencia. Y luego ella, mi amada prima y mujer que partió de esta corta fantasía llamada vida para dejarme lleno de mi soledad mortífera por el resto de mis pocos días. Y es que ya estaban contados pero yo no fui, yo no lo hice, fueron ellos. Doctor, no estoy loco, ¡fueron ellos! No, por favor, se lo suplico, no vaya por el tranquilizante. Debo apurarme para poder terminar esta patética historia antes de que los químicos hagan efecto o que mi débil y frustrado corazón decida renunciar a su trabajo para siempre. La pena me consumió cuando ella partió. Oh Dios, ¿por qué dejaste que la tuberculosis se la llevara? Mi alma nunca podrá ser perdonada por causarle tantos estragos a mis padres y crear cuentos tan terroríficos e inmorales.

Todo comenzó en esa noche en el bar en Baltimore. Con una, dos, tres, pintas de cerveza. Una, dos, tres, pintas de ron. La mirada de él, la del mozo, la de mi padre. El rechinar agudo e irritante de las maderas que anunciaron mi partida y el frío clavado como un cuchillo en las mejillas. Una calle oscura y lúgubre. Solitaria como el que la estaba caminando peldaño por peldaño. Y luego todo se volvió confuso. El mareo por el alcohol y el opio estaba frustrando mis sentidos pero logré comprender el sonido de un animal a lo lejos. Miré a mis costados y nada se divisaba. Seguí mi tambaleante paso hasta que pateé algo en el suelo desgastado y sucio. Incliné mi cuerpo y lo observé. Era una cajita roja cuyo color se

intensificaba endemoniado bajo la luz de la luna. Mientras la miraba con interés casi caigo de nuevo, pero es que dichos elementos no podían pasar desapercibidos por mi conciencia. Estaba pasando al lado de un cementerio, una tumba saqueada, profanada. Comencé a escuchar mi corazón latir más fuerte, retumbaba en mi pecho, en mis oídos hasta casi dejarme sordo. Estaba seguro que hacía eco en las paredes mohosas y viajaba varias cuadras. Semejante ruido despertaría a la ciudad y a los muertos de la noche estrellada. Y es que casi sentía que me delataba. Calla, ¡maldito corazón que no necesito un delator de mi pobre estado mental! Al lado de aquella horrible infraestructura corrompida, otra con un nombre que al leerlo casi pierdo la conciencia. Un nombre imposible de pronunciar, una mala jugada del destino, una mala coincidencia de la triste vida. En letras color carmín tan real como si hubiera sido pintado con la sangre del mismo difunto. Morella.

Mientras mis bellos se erizaban comprendiendo que ese era el fin sentí que algo se me enredaba en las piernas y bajé la mirada sólo para encontrarme con un dulce gato negro. Dicha criatura ronroneaba contra mis piernas como si fuera su dueño, como si me conociera de toda su vida. Provocó en mí un susto tan grande que me hizo soltar la cajita roja. Y es que él no era un gato normal. Era tuerto y tenía una mancha blanca en el pecho con la forma de la horca. La caja rodó y rebotó lejos, estallando en miles de pedazos. Una decena de perlititas blancas saltando alrededor en una lluvia infernal en la noche. Eran dientes.

En el fondo del callejón un cuervo negro me esperaba y cuando emitió un escalofriante chillido, como si fuera una señal de profecía, surgieron desde la sombra ellos. Y avanzaron. Les dije que no fui, fueron ellos. Pero nunca me creyeron.